

ro bajo el mariscal Victor, quedando la division Dessoles en reserva. Respecto del segundo, que habia pasado sucesivamente de manos del mariscal Soult á las del general Heudelet y recientementé á las del general Reynier, le previno que le dejara junto al Tajo enfrente de Alcántara para observar á los ingleses, cuyos designios, despues de su movimiento retrógado hácia Portugal, no estaban al alcance de nadie. Le recomendó que llevara consigo artillería de grueso calibre, á fin de que no se le detuviera delante de Sevilla, como se detuvo al mariscal Moncey delante de Valencia por falta de artillería de sitio. Con los tres cuerpos que llevaba y las antiguas divisiones de dragones iba á tener José unos sesenta mil hombres, sin contar la reserva del general Dessoles que debia guardar sus espaldas, sin contar el cuerpo de observacion del general Reynier que debia velar sobre su derecha, lo cual componia un total de ochenta mil hombres por lo menos. Mucho mas era de lo que hacia falta en el actual estado de fuerzas de los españoles para invadir la Extremadura, la Andalucia y los reinos de Granada y de Murcia. En cuanto á lo de guardar estas provincias era otra tarea en que aun no se pensaba por el momento.

Expedidas estas instrucciones, Napoleon intimó al general Suchet que ocupara en tomar á Lérida y á Mequinenza el tiempo que empleara José en conquistar la Andalucia. Ayudado Suchet á esta empresa por el mariscal Augereau, podria á su vez ayudar á éste en la toma de Tortosa y de Tarragona, y marchar seguidamente sobre Valencia, donde la conquista del Mediodia, comenzada por José,

se llevaria á final remate. Durante el mismo tiempo debia el mariscal Ney organizar su cuerpo en Castilla la Vieja, dar caza á los *insurgentes* de Leon, alargar la mano al general Bonnet en Asturias, preparar los sitios de Ciudad Rodrigo y Almeida, por los cuales debia ser inaugurada la campaña de Portugal, y aguardar asi en una actividad poco fatigosa á que todos los elementos del ejército de Portugal estuvieran reunidos completamente.

Quando José recibió la autorizacion para efectuar la expedicion á Andalucia, experimentó un verdadero alborozo, sobre todo porque iba á obrar á distancia de Napoleon y tan solo con el consejo del mariscal Soult, que le servia de mayor general y que á la sazón se le manifestaba muy deferente. No estaba el mariscal menos gozoso de marchar sobre Andalucia, donde no habia ingleses, y por tanto solo eran de temer, ó mejordicho, de esperar batallas de Ocaña.

José hizo preparativos suntuosos y muy semejantes á los de Luis XIV al marchar con su corte á Flandes. Llevaba consigo cuatro ministros, doce consejeros de Estado, sus cortesanos habituales y una innumerable servidumbre. A fin de adquirir el dinero necesario para representacion tan fastuosa, hubo de descontar á toda costa vales sobre los bienes nacionales y letras de cambio sobre Burdeos, hipotecando para el pago las lanas y los géneros coloniales que se habian cogido en España. Por enero salió de Madrid y el 13 de este mes llegó á los desfiladeros de Sierra Morena. El mariscal Soult, que dirigia las operaciones, encaminó el cuarto cuerpo del general Sebastiani por el camino de Valencia sobre San Clemente y Villamanri-

que, para sortear por la izquierda la garganta principal de Despeñaperros que desemboca en Bailen. Por el camino real de Sevilla hizo que marchara el quinto cuerpo del mariscal Mortier hacia el mismo Despeñaperros, y por Almaden el primer cuerpo del mariscal Victor, para sortear este desfiladero por la derecha y bajar al Guadalquivir entre Bailen y Córdoba. Desde las desdichas del general Dupont pesaba una especie de terror supersticioso en punto á las gargantas de Sierra Morena; y naturalmente no podían menos de fiarse en ellas los españoles y de temerlas los franceses. Sin embargo, ni las minas que se decia haber preparado allí los españoles, ni las reliquias del ejército batido en Ocaña, allí allegadas confusamente, eran capaces de contener á las tropas admirables que iban con José una sola hora.

Aun cuando fuera muy incierta la autoridad de José sobre los cuerpos que no estaban á sus inmediaciones, valiéndose de su nombre el mariscal Soult escribió al general Suchet para hacerle abandonar la idea del sitio de Lérida y comprometerle á ir sobre Valencia con el fin de cubrir la izquierda del ejército de Andalucía. Despachando una orden semejante al mariscal Ney, le recomendó que comenzara de seguida el sitio de Ciudad Rodrigo para atraer hacia el Norte de Portugal á los ingleses y guardar la derecha de este ejército de Andalucía protegido de todos modos cual si corriera los peligros mas graves.

Tomadas estas precauciones se hizo punta hacia Sierra Morena con el objeto de atacar el 19 y 20 de enero de 1810. Siempre el general Areizaga mandaba el ejército español medio destruido en

Ocaña y diseminado en los numerosos repliegues de Sierra Morena. Encargado de reorganizar este ejército el marqués de la Romana, prometió mucho sin hacer casi nada: apenas ascendia á veinte y cinco mil hombres desmoralizados, desprovistos de todo y repartidos en tres divisiones casi de cara á los tres pasos de Almaden, de Despeñaperros y de Villamanrique. Una division destacada del ejército de Castilla la Vieja á las órdenes del duque de Alburquerque, habia pasado por cerca de Alcántara el Tajo y marchaba hacia Sevilla para ampararla.

El 1.º de enero movióse el mariscal Victor de Almaden á Sierra Morena por un camino poco á propósito para la artillería, y se adelantó el 20 por entre montañas de manera de desembocar en Córdoba, costeando así la garganta de Despeñaperros. No halló delante mas que tropas en fuga y corriendo precipitadamente hacia Córdoba sin hacer jamás alto. De frente abordó el mariscal Mortier el día 20 el principal desfiladero de Despeñaperros, que desembocaba en la Carolina y Bailen, lugares testigos de sucesos tan infaustos. No bien fué descubierto, haciendo saltar los españoles algunas minas, que no obstruyeron el camino por ningun lado, se pronunciaron en huida de cumbre en cumbre, tirando á distancia y sin fruto. Siguiéndolos llegó á la Carolina y Bailen, donde entró despues de cogerles alguna artillería y mil prisioneros. Desembocando al par de Villamanrique sobre la garganta de San Estéban el general Sebastiani encontró algo mas de resistencia, merced á la cual pudo obtener mas importantes ventajas, como que se apoderó de tres mil hombres, de banderas y de cañones. A la caída de la tarde del 20 ya todo el ejérci-

to francés hallábase reunido hácia el Guadalquivir, de Baeza á Andújar, de Andújar á Córdoba, y aquellos formidables desfiladeros, rodeados de un prestigio tan horroroso, ya no eran mas que un fantasma desvanecido.

Las tropas que á las órdenes de Areizaga habian defendido tan mal las gargantas de San Estéban y Despeñaperros, se replegaron á todo correr sobre Jaen para cubrir á Granada; las de Almaden, que retrocedieron á Córdoba, operaron su retirada, no sobre Sevilla, de la cual se aguardaba poca resistencia, sino sobre Cádiz, donde esperaban hallar asilo seguro, detrás de las lagunas de la isla de Leon y bajo el cañon de las flotas inglesas. El ejército francés siguió esta doble direccion en parte. Formando nuestra izquierda el cuarto cuerpo á las órdenes de Sebastiani, persiguió hácia Jaen á las dos divisiones que se retiraban á Granada, para quitarles este reino y el puerto de Málaga. Formando nuestro centro el quinto cuerpo del mariscal Mortier, llegado que hubo al Guadalquivir, torció á la derecha y fué á juntarse al primer cuerpo del mariscal Victor, que bajó á Córdoba. De Córdoba se encaminaron á Sevilla, de donde se recibian noticias continuas, todas las cuales llamaban al ejército francés bajo promesa de una rendicion inmediata. Marchando sobre Carmona, se hizo alto en esta pequeña ciudad próxima á Sevilla. José, que no se inclinaba á tomar ciudades por asalto, quiso permanecer en Carmona, á fin de aguardar el efecto de las relaciones secretas que los señores Ofarrill, Azanza y Urquijo entablaron con personas que residian en Sevilla.

Mientras se esperaba este pacífico desenlace,

mas bien que permanecer inactivos en Carmona, fuera preferible dejar á la derecha á Sevilla, y correr á Cádiz en derechura para interceptar las tropas, el material, y sobre todo los miembros del gobierno que iban allá á buscar refugio. Con efecto, la posesion de Cádiz importaba mucho mas que la de Sevilla, pues siempre habia seguridad de derribar los muros de esta ciudad á cañonazos, y no la habia igualmente de atravesar las lagunas que separan á Cádiz de la costa firme de España, y solo una sorpresa, una aparicion repentina de nuestras tropas, podia poner en nuestras manos una ciudad tan importante, si alguna probabilidad existia de hacer su conquista de pronto.

José propuso que se dirigiera un destacamento sobre Cádiz para interceptar cuanto se dirigia á aquel punto y marchar únicamente con el primer cuerpo sobre Sevilla. Mejor fuera de cierto correr en masa hácia Cádiz que dividirse y llegar divididos delante de los dos puntos principales de la provincia, pero tal cual era esta proposicion valia mas que resolver no enviar contra Cádiz á nadie. Por muchos generales fué apoyada y por el mariscal Soult combatida, preocupándole, para oponerse á ella con todas sus fuerzas, el temor de hallar como en Valencia, puertas bien cerradas ó un sitio formidable como en Zaragoza (1). Hasta objetó que har-to se habian ya debilitado con enviar al general

(1) Aqui sigo la relacion del mariscal Jourdan en sus memorias manuscritas: se apoya en el testimonio de muchos generales que se hallaban presentes y en una carta muy precisa del rey José, en que expone menudamente las circunstancias del consejo de guerra celebrado en Carmona.

Sebastiani hácia Granada, y que no convenia debilitarse mas dirigiendo á Cádiz un destacamento; que, tomada Sevilla, Cádiz se rendiría sin remedio (lo cual no debian justificar las resultas) y dijo á José.—Respondedme de Sevilla y os respondo de Cádiz.—La autoridad del mariscal hizo desistir á José de su primera idea, y en vez de extender un brazo hácia Cádiz, para interceptar por lo menos cuanto allí se dirigia, y de extender otro hácia Sevilla para señorearla, pensóse en Sevilla tan solo, y con los cuerpos reunidos de los mariscales Victor y Mortier, se marchó seguidamente sobre ella. Ahora se verá que para entrarla no se necesitaban cuarenta mil hombres. Junto á los desfiladeros de Despeñaperros entre Valdepeñas, la Carolina y Bailén, quedó el general Dessoles con la reserva.

A la aproximacion de los franceses estalló en Sevilla una agitacion extraordinaria. Previendo lo que iba á acontecer la Junta Central, decidió por decreto su traslacion á Cádiz y dejó á la comision ejecutiva el cuidado de la defensa de Sevilla, como que le atañia exclusivamente. Al ver partir uno tras otro á los miembros de la Junta Central, divulgóse que abandonaban en el instante del peligro la nueva capital de la monarquía; varios de ellos fueron ultrajados y maltratados, y despues se hizo lo que se habia anunciado muchas veces, insurreccionarse, proclamando á la Junta de Sevilla junta de defensa, y sacando de la cárcel al conde de Montijo y á don Francisco Palafox para disputar á los franceses la capital de Andalucía. A la junta provincial fueron agregados los generales marqués de la Romana y Eguía, y desencadenando un pueblo furioso por las calles, tocando á rebato,

arrastrando tumultuosamente cañones á una especie de espolon de tierra, que se habia levantado en torno de Sevilla, creyóse hacer mucho por su defensa. No habia arbitrio para hacer mas y es menester decirlo como excusa de los que obraban de este modo. No era el espíritu de esta poblacion como el de Zaragoza, cuando tan heróica ciudad juró perecer y pereció en efecto casi entera por resistir á los franceses. Se habia agotado la energia de Sevilla en disensiones intestinas: todos los partidos habian disgustado á la poblacion sucesivamente, y aun casi inspirado el deseo de ver llegar al rey José, á quien se representaba como hombre de carácter benévolo y dulce. Realmente una porcion notable del pueblo se hallaba en grande efervescencia, y pedía á todo trance la cabeza de los que llamaba traidores, nombre que la muchedumbre da de buena gana á todo aquel á quien no estima, y sobre quien se quiere vengar de su miedo; pero nadie se brindaba á dirigirla, y el clero intimidado y receloso de que se castigara en los bienes y aun en la persona de alguno de sus individuos la resistencia que se encontrase, no estimuló de ningun modo á una defensa tal como la de Zaragoza ó la de Gerona.

Durante aquellas estériles agitaciones se adelantaron los franceses hasta las puertas de Sevilla por el camino de Carmona. Llegado antes el duque de Alburquerque con una division bastante considerable del ejército de Castilla la Vieja, pasó por junto á Sevilla sin meterse dentro al ver que encerrarse allí no ofrecia ventajas, y ganó el camino de Cádiz por Utrera á semejanza de las tropas que se habian retirado de Córdoba delante del cuerpo

del general Victor. Unos y otros se daban prisa á llegar al bajo Guadalquivir para albergarse dentro de la isla de Leon. Ya el día 29 el cuerpo del mariscal Victor dió vista á Sevilla: todas las campanas de la ciudad sonaban á un tiempo: agolpado el pueblo en los muros y en las azoteas lanzaba gritos furibundos: detrás del espolon de tierra alzado en torno de la ciudad habia montados algunos cañones, pero con tan escasos medios no habia manera de detener á los franceses. Desde luego el mariscal Victor intimó la rendicion á la plaza, anunciando que, si no se le abrian las puertas, atacaria sin demora y pasaria á cuchillo á cuántos opusieran resistencia. Estas amenazas y las relaciones secretas que se mantenian con algunos de dentro, originaron parlamentos durante los cuales las personas de mas nota se escaparon de Sevilla, yendo á la cabeza el marqués de la Romana. Entonces la junta provincial consintió en rendir la capital de Andalucía, que el 1.º de febrero abrió al ejército de José sus puertas, por donde entró á tambor batiente y banderas desplegadas.

Casi desierta estaba Sevilla: á Cádiz, á las provincias limítrofes ó á Portugal habian huido las familias acomodadas: tambien los frailes habian procurado librarse de los vencedores; y el pueblo, bajo la impresion del primer susto, se habia desparamado por los campos circunvecinos. Pero ningun desmán cometieron los franceses, y limitándose á tomar víveres para sus urgencias, respetaron las personas y propiedades. Ganoso José de aplicar allí su sistema, prometió perdón absoluto á todos los que regresaran á sus hogares, halagó al clero muy dispuesto á prestarle oídos, y al cabo de po-

cos dias atrajo al pueblo, cuya ira pasó con el miedo, y á quien mortificaban en los campos cercanos el hambre y el frío. En Sevilla se hallaron víveres, municiones, artilleria, y especialmente en tabaco y azogue de las minas de Almaden valores muy considerables; recursos todos que se necesitaban sobremanera y de que se hizo pronto uso.

Ahora faltaba saber si, como el mariscal Soult habia anunciado, seria la conquista de Sevilla prenda infalible de la rendicion de Cádiz; ya el movimiento de nuestros diversos cuerpos de ejército nos lo iba á revelar sin demora.

El quinto cuerpo, dirigido hácia Extremadura, dispersó en el camino algunos destacamentos guiados por el marqués de la Romana é hizo presas de alguna importancia en bagajes ó dinero á los numerosos fugitivos que iban á buscar refugio detrás de las fuertes murallas de Badajoz. Al llegar á sus puertas intimó la rendicion de la plaza, cuyas fortificaciones considerables y en buen estado se hallaban ocupadas por una guarnicion poderosa, cuyas provisiones eran abundantes, habiendo además facilidad de renovarlas, cuya poblacion aumentada con los españoles que se habian refugiado detras de sus muros, llevando consigo lo mas precioso, clamaba por no ser entregada á los franceses. Asi el gobernador respondió en nombre del marqués de la Romana que la plaza estaba resuelta á defenderse y que opondria la resistencia que era de esperar de su fuerza natural y de los bríos de los que allí tenian mando. Careciendo el mariscal Mortier de todo lo necesario para un asedio, tomó una fuerte posicion junto al Guadiana y se puso en comunicacion con el segundo cuerpo del general Rey-

nier apostado primero junto al Tajo y avanzando ahora hasta Trujillo.

Por su parte el general Sebastiani, ahuyentado con su cuarto cuerpo los restos de las tropas de Areizaga, entró sucesivamente en Jaen y Granada y asomó despues delante de Málaga, donde el pueblo furioso anunciaba una violenta resistencia, pero asaltando súbito la ciudad una vanguardia de caballería y de infantería ligeras, comprimieron los furros del populacho y alcanzaron la pronta rendicion de aquel puerto de mar importante. Asi el cuarto cuerpo se podia prometer un establecimiento pacífico en el reino de Granada.

Por desgracia hácia Cádiz, punto el mas importante de todos, distaban mucho de tomar tan favorable sesgo las cosas. Los ministros del rey José habian escrito á varios individuos del gobierno y á diferentes generales, que aun en Sevilla parecian dispuestos á rendirse, cansados como estaban de una guerra devastadora y de las interminables disensiones civiles; pero contenidos por todo lo que les rodeaba al presente, ya no respondian mas que de una manera vaga y poco satisfactoria. Respecto de los habitantes de Cádiz, muy confiados en la fuerza natural de su ciudad y en el apoyo de las tropas inglesas que tenian seguro, no es maravilla que pudiesen soltar la rienda á sus pasiones, replicar á las intimaciones de los franceses con ofensivas baladronadas, agitarse, dividirse, degollarse unos á otros y todo casi impunemente.

Alli se habia formado una junta insurreccional, y apoderádose de la defensa de la plaza. Ufana esta junta de ver á Cádiz trasformada en sede del gobierno de España, no maltrató á la Junta Cen-

tral á la manera que lo hicieron los habitantes de Sevilla, antes bien proporcionó todo lo preciso para que hiciera alli morada, y acogió perfectamente á todos los personages civiles y militares de nota que buscaron asilo dentro de sus muros. A estos importantes refugiados políticos juntáronse el duque de Alburquerque con su division y las tropas que desde Almaden se habian retirado á Córdoba y desde Córdoba á la isla de Leon. Sin entregar el grande arsenal de la Carraca á los ingleses, ni abrir la rada interior á su escuadra, les abrió la exterior la junta de Cádiz y consintió en recibir cuatro mil soldados suyos dentro de la plaza. Teniendo ya diez y ocho mil españoles sobre las armas entre los de la ciudad y la isla, y ademas el gobierno y las córtes, cuya reunion estaba cercana, no temia verse expuesta á una dominacion incómoda por parte de los ingleses, ni menos á ver pasar á sus manos las riquezas de la marina española.

Con tales recursos no podia Cádiz pensar en rendirse. Alli fermentaban las pasiones mas vehementes y todo el movimiento político interrumpido en Sevilla por la llegada de los franceses, iba á continuar en Cádiz con una violencia mas grande y al abrigo de obstáculos naturales y militares casi insuperables.

El primer efecto de este movimiento, proseguido y acelerado, debia ser y fué la disolucion de la Junta Central, pues convencida ella misma de la imposibilidad de conservar el poder por mas tiempo, se determinó á resignarlo. Entre universales aplausos de los habitantes y de los refugiados de Cádiz, convocó inmediatamente las córtes, esbleció la forma de la convocatoria, y nombró una

regencia para que tuviera el poder ejecutivo á su cargo. Esta regencia se compuso de cinco miembros: el obispo de Orense, espíritu mediocre y fanático; el general Castaños, personage hábil y de buen seso, aunque mas hábil en eludir las dificultades que en resolverlas; el consejero de Estado don Francisco de Saavedra, antiguo funcionario, muy versado en materia de administracion española; un marino de fama, don Antonio Escaño, y un español de las colonias de América, don Miguel de Lardizabal, llamado á representar en el gobierno á las provincias ultramarinas. Despues de estos dos actos disolvióse la Junta, y no apreciando ni remotamente su desinterés, los que la perseguian furiosos, agobiaron á sus individuos con los peores tratamientos, llegando al extremo de detener á algunos y de registrar sus equipages para ver si se llevaban fondos del Estado, ultrage inmerecido á todas luces, pues se les reputaba generalmente como varones muy honrados.

Apenas instalada la nueva regencia apoderóse del mando, y bien ó mal hizo con la junta de Cádiz la division entre las atribuciones locales y las gubernamentales, y manifestó barto á las claras el deseo de retardar la convocacion de las córtes. Pero el pueblo de Cádiz queria la reunion próxima de esta asamblea, los refugiados la anhelaban del mismo modo, y á fin de hacerla mas segura, se estableció que para las provincias ocupadas por los ejércitos franceses, se verificaran las elecciones en Cádiz mismo con intervencion de los refugiados; todo á fin de que en el mes de marzo se pudieran abrir las córtes tan deseadas.

Tal era la situacion de las cosas cuando el pri-

mer cuerpo á las órdenes del mariscal Victor llegó delante del canal de Sancti Petri, dos ó tres dias despues de la entrada de los franceses en Sevilla. Si se hubiera presentado á las puertas de Cádiz con fuerzas imponentes cuando el gobierno, los ejércitos y los espíritus mas fogosos se encontraban aun en Sevilla, quizá hubiera logrado sorprender la plaza y determinar la rendicion de ella. Mas locura fuera esperarla despues de haber tenido espacio para abrigarse detrás de sus muros los miembros de todos los poderes, tropas numerosas y las cabezas mas exaltadas, y despues de haber acudido allí tambien los ingleses. Asi, á pesar de algunos tratos secretos, las respuestas públicas fueron altaneras y hasta ultrajantes, y hubo necesidad de resolverse á hacer los preparativos de un largo y difícil asedio.

Todo el mundo conocia la posición de esta gran plaza marítima, centro del antiguo poder naval de España y asentada en las bocas del Guadalquivir, cual lo está Venecia en las del Po y el Brenta. Una especie de roca algo elevada, que domina al mar algunos centenares de pies y termina en meseta en todos sentidos, cubierta de numerosas y ricas habitaciones, forma la misma ciudad de Cádiz, y luego por una angosta lengua de tierra llana y arenosa se junta á las numerosas lagunas que se extienden á lo largo de la costa meridional de España. Forma la rada interior el espacio comprendido entre Cádiz y estas lagunas, unas cultivadas, otras cubiertas de salinas, y en medio de las cuales se eleva el famoso arsenal de la Carraca, comunicándose con la rada por muchos grandes pasos. Siempre en torno de estas lagunas,

un canal ancho, profundo, tan difícil de cruzar como un río, extendiéndose desde Puerto Real hasta el castillo de Sancti Petri, separa de la tierra firme este conjunto de establecimientos, excepto el cuerpo mismo de la Carraca, y señala el límite detrás del cual se halla lo que se denomina la isla de Leon. Por consiguiente para señorear esta isla y la ciudad de Cádiz habia que pasar á viva fuerza el canal de Sancti Petri, delante de un ejército contrario y á pesar de las numerosas escuadrillas de los españoles y de los ingleses, y que avanzar luego por entre las lagunas y salvando una porcion de fosos, todos de muy fácil defensa, y que conquistar uno tras otro los edificios de la Carraca situados mas allá del canal, y que marchar, en fin, sobre la lengua de tierra que conduce á la roca de Cádiz, tomando por medio de un ataque regular las fortificaciones de que está cubierta.

Es verdad que desde algunos puntos salientes de la playa, como el del Trocadero, situado á la derecha y fuera del canal de Sancti Petri, se podian arrojar proyectiles incendiarios sobre Cádiz, y cabia quizá ahorrarse de este modo un ataque regular y directo, pero esta era operacion muy difícil, muy dudosa y que exigia previamente otras muchas. Ante todo habia que apoderarse del Trocadero para restablecer el fuerte de Matagorda, desde donde era posible disparar sobre Cádiz: luego habia que levantar á lo largo del canal de Sancti Petri una série de pequeños campos atrincheros para formar la línea de ataque á la isla de Leon: ademas se necesitaba traer de Sevilla la artillería indispensable para estas diferentes obras, y aun fundirla en parte en el arsenal de aquella

ciudad, pues la que allí existia no era de bastante fuerte calibre, faltando morteros de grande alcance y siendo menester crearlos; finalmente, no se podia menos de tener una escuadrilla, ya para salvar el canal de Sancti Petri, ya para cruzar la rada interior en el momento del ataque decisivo, ya tambien para mantener á distancia las escuadrillas enemigas que no dejarían de presentarse á estorbar los trabajos de los sitiadores y á cañonear sus obras. En Puerto Real, en el Puerto de Santa Maria y aun en la Carraca (en la parte mas aca del canal) habia elementos para una escuadrilla, bien que los españoles, al aproximarnos á aquel punto, hubiesen hecho pasar todos los buques de la rada interior, á donde podíamos llegar con proyectiles, á la rada exterior que estaba fuera del alcance de nuestros fuegos. Independientemente del material de esta escuadrilla, teníamos en los marinos de la guardia un personal del todo organizado para tripularla, pero requeria mucho tiempo la reunion de estos diferentes medios de ataque, y ademas en todos los espíritus influía una consideracion de gran bulto, ya que se ocupaba la inmensa comarca que de Murcia se extiende á Granada, de Granada á Cádiz, de Cádiz á Sevilla, de Sevilla á Badajoz; era que nuestro hermoso ejército, dos veces mas numeroso por lo menos que el que hubiera sido menester para invadir el Mediodia de España, difícilmente bastaria para guardarlo. Con sus veinte mil hombres apenas tenia el mariscal Victor con que formar la embestida á la isla de Leon y con que contener á la guarnicion de esta isla, mas numerosa, aunque por dicha menos valiente que el primer cuerpo, y si tenia bastantes tropas



con que preparar el asedio, no podía tenerlas de modo alguno para ejecutarlo. Obligado el quinto cuerpo del mariscal Mortier á guarnecer á Sevilla y á mantener un cuerpo de observacion delante de Badajoz, habia de hallar grandes dificultades en el cumplimiento de esta doble tarea. No tenia un soldado de mas el general Sebastiani en el cuarto cuerpo, precisado á sostenerse en Málaga, á ocupar á Granada y á hacer cara á los *insurgentes* de Murcia, á quienes daban apoyo los valencianos. Toda la division del general Dessolés, apostada en las gargantas de Sierra Morena, para mantener expeditas las comunicaciones, hacia allí falta, pues además de aquellos desfiladeros tenia que guardar á Jaen que domina el camino de Granada, y las llanuras de la Mancha que era menester cruzar para dirigirse á Madrid. Y tambien en Madrid, donde solo se habian dejado algunos españoles y los enfermos, se necesitaba de una guarnicion de franceses. De la division de Dessolés tenia que salir sin remedio, con lo cual iba á tener á cargo dos atenciones á riesgo de no poderlas cumplir de plano. Por último, el segundo cuerpo á las órdenes del general Requier y situado junto al Tajo entre Almaráz, Trujillo y Alcántara, no podia ser retirado sin imprudencia de aquel punto, dado que por allí habian pasado los ingleses el año anterior para dirigirse desde Abrantes á Talavera. Todo lo mas que se podia hacer, dejando este cuerpo junto al Tajo, era llevarlo mas adelante hacia Portugal, si un ejército francés se adelantaba sobre Lisboa, y hasta juntársele podia; pero entonces todo el curso del Tajo, desde Madrid hasta Alcántara, quedaria á merced de los numerosos partidarios de

Avila, de Salamanca, de Plasencia y de Extremadura. Véase, pues, este ejército numeroso y brillante, el mas valiente de los del imperio, sin otro rival que el cuerpo del mariscal Davout en Hannover, con cerca de ochenta mil hombres, que diseminados en las provincias de Granada, de Andalucía, de Extremadura, hasta el punto de no tener en parte alguna bastante fuerza, ya no podian prestar ayuda al ejército que fuera á operar en Portugal contra los ingleses. Por consiguiente la esperanza de poder enviar algunas de sus tropas á Lisboa, que hizo consentir á Napoleon en la expedicion á Andalucía, iba á quedar frustrada muy pronto, y á ceder su puesto al temor de ver que todos aquellos soldados, fueran insuficientes para conservar la Andalucía.

Con efecto, ya la guarnicion de Cadiz se movia y presentaba cabezas de columnas hasta el extremo de hacer recelar súbitas apariciones en tierra firme: las poblaciones medio salvages de la Serranía de Ronda, aumentadas con los contrabandistas de Gibraltar recorrian y talaban el campo todo, y los cuerpos refugiados en Badajoz, y unidos á un fuerte destacamento de ingleses, probaban con sus movimientos que los españoles en ninguna parte querian permanecer ociosos.

Gobernando la nueva regencia la *insurreccion* desde el centro de las lagunas de Cadiz, dispuso que el marqués de la Romana se encargara del mando de las tropas de Extremadura acampadas en torno de Badajoz: tambien llamó al general Blake de Cataluña, donde nombró al general O'Donnell en lugar suyo, y le puso á la cabeza del ejército del centro, cuyos restos se habian refugiado al